

PARA SABOREAR DURANTE LA SEMANA...

“Ten paciencia con todo aquello que no está resuelto en tu corazón e intenta amar las preguntas mismas... No busques ahora las respuestas... Vive ahora las preguntas”

Rainer Maria Rilke



Cúpula central de la catedral de San Sava en Belgrado

PARA LEER...

BERMEJO, J.C., *El Sanador herido*. Sal Terrae, Madrid 2022

Para recibir este material en tu casa escribe a
Servicio de Atención Espiritual
-Centro San Camilo- Tres Cantos, Madrid
xabier@sancamilo.org



De domingo a domingo

Año XVIII. HOJA N.º 456 - Del 17 al 23 de mayo de 2026

La Resurrección de Jesucristo (VII)



El Señor vive para siempre en Dios

La muerte de Jesús no ha sido su destrucción, sino su paso a la vida del Padre. Jesús estuvo muerto, pero ahora está vivo (Ap 1, 17-18). Resucitado, vive en una condición nueva junto al Padre (Filp 2, 8-11). Con razón, se le puede llamar ya Señor de la vida y de la muerte (Rm 14, 7-9). Los cristianos ya no se sienten solos. Cristo no es un difunto. Los creyentes saben que junto al Padre tienen a Cristo intercediendo y preocupándose por todos los hombres (Hb 7, 25; Rm 8, 34).

El Resucitado vive en medio de los creyentes

El Señor no solo vive ahora para los hombres, sino entre los hombres. Los discípulos viven animados por la presencia viva del Resucitado (Lc 24, 13-35). Cuando hablan del Resucitado no están hablando de un personaje del pasado, sino de alguien vivo que anima, vivifica y llena con su espíritu y su fuerza a la comunidad creyente. “Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). La comunidad creyente no se siente huérfana. El Resucitado camina con nosotros como “jefe que nos lleva a la vida” (Hch 3, 15). Es necesario saber descubrirlo en nuestras asambleas (Mt 18, 20), saber escucharlo en el Evangelio (Mt 7, 24-27), dejarnos alimentar por él en la cena eucarística (Lc 24, 28-31), saber encontrarlo en todo hombre necesitado (Mt 25, 31-46).

El retorno del Resucitado

Cristo, resucitado por el Padre, solo es el “primero que ha resucitado de entre los muertos” (Col 1, 18-19). El se nos ha anticipado a todos para alcanzar esa vida definitiva que nos está también reservada a nosotros. Su resurrección es fundamento y garantía de la nuestra (1 Co 15, 20-23). Uno de los nuestros, un hermano nuestro, Jesús de Nazaret, ha resucitado

abriendo una salida a esta vida nuestra que termina fatalmente en la muerte. Su resurrección nos abre la posibilidad de alcanzar la liberación última y total (1 Co 15, 22; Ef 2, 4-6). Si vivimos desde Cristo, un día resucitaremos con El. “Dios que resucitó al Señor, también nos resucitará a nosotros por su fuerza” (1 Co 6, 14). Por eso, los creyentes, en medio de las luchas, los sufrimientos y las dificultades de cada día, ponen su mirada en el Resucitado que un día volverá a consumir y llevar a su término todos nuestros esfuerzos de liberación: “Ven, Señor, Jesús” (Ap 22, 20)



EVANGELIO (Mt 28,16-20)

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos».

En lenguaje moderno, la fiesta de hoy sería como el premio fin de carrera para Jesús, o mejor, el premio Nobel que reconociese la gran labor realizada durante toda su vida. Como diría san Ignacio de Loyola, motivo suficiente para «alegrarnos y gozarnos de tanta alegría y gozo de Cristo, nuestro Señor». Los autores del Nuevo Testamento recurren a imágenes muy distintas. Lucas, en el libro de los Hechos, basándose en la cultura grecorromana, presenta el triunfo como subida al cielo; la carta a los Efesios, como estar sentado a la derecha de Dios; el evangelio, como la plenitud del poder. Pero este triunfo no debe dejarnos embobados, mirando al cielo. En la primera y tercera lecturas adquiere especial relieve el tema de la misión. La Ascensión de Jesús no es motivo para quedarse mirando al cielo. Hay que mirar a la tierra, al mundo entero, en el que los discípulos de Jesús debemos continuar su misma obra, contando con la fuerza del Espíritu y la compañía continua del Señor. Las palabras de Jesús comienzan con una idea fundamental: «Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra». El evangelio de Mateo ha ido contrastando desde el comienzo a Jesús con Moisés. Al principio sufrían la misma amenaza por parte del faraón o de Herodes; luego, Jesús aparecía en las tentaciones como un buen discípulo de Moisés, que citaba sus palabras en el momento oportuno; pero más tarde, en el Sermón del monte, Jesús se revela superior a Moisés, contraponiendo lo que él enseñó con lo que él dice («Habéis oído que se dijo... pero yo os digo»). Cuando se llega al momento final, Moisés muere y se entona por él una elegía fúnebre al final del Deuteronomio (Dt 34). Jesús, en cambio, después de muerto recibe «pleno poder en cielo y tierra». Mateo no cuenta la ascensión, pero exalta su triunfo final.

Las cargas se acomodan caminando

Camilo de Lelis

¡A jugar! ¡A aprender!

Busca 10 palabras de más de cuatro letras que aparecen en el evangelio de hoy. Con las letras que sobran obtendrás una frase



S	U	S	E	J	L	G	A	I	G	N
S	L	E	S	S	A	I	A	C	O	E
O	A	N	T	L	P	I	N	M	U	R
A	H	N	I	O	Y	I	B	H	A	D
C	I	L	T	E	N	R	R	D	O	A
A	E	L	A	O	E	T	A	I	R	P
A	R	E	A	R	M	Q	U	E	T	C
J	E	R	E	S	U	O	S	E	I	U
N	C	D	E	O	M	E	N	E	N	D
O	O	A	L	I	O	S	L	T	A	P
P	O	S	T	O	T	O	L	E	E	S

Frase Anterior: Jesús anuncia a sus discípulos que se marcha, pero no nos deja solos